

"Los Lugares del Arte:

La recepción literaria de la destrucción de la Biblioteca Universitaria durante la guerra civil"

Martes 13 de noviembre, 18.00, Facultad de Geografía e Historia, Salón de actos

Dra. Marta Torres Santo Domingo, UCM



La Ciudad Universitaria de Madrid, en el otoño de 1936 se convirtió en escenario de una de las batallas más duras que se vivieron en el llamado Frente de Madrid y en el paisaje de destrucción que se fue dibujando conforme avanzaban las bombas y las balas, pronto quedó desnudo, desprotegido y mutilado el corazón de la universidad, la Facultad de Filosofía y Letras (el llamado Edificio A) y su biblioteca.

No voy a detallar aquí cómo se había ido gestando la Ciudad Universitaria desde los años 20 (ha habido alguna otra sesión al respecto en la Semana de la Ciencia), el gran desarrollo académico y científico de la Universidad a lo largo de la primer tercio del siglo XX, o la importancia de la Biblioteca que allí se albergaba. Tampoco voy a detallar el desarrollo de las acciones bélicas en aquel mes de noviembre, cómo las tropas de Franco avanzaron por el Manzanares para la toma de la capital o cómo las tropas republicanas enviaron ese frente a las primeras milicias o a las Brigadas Internacionales, que establecieron su cuartel general en la Facultad.

Voy a hablar muy brevemente de la literatura derivada de este hecho: por un lado, la destrucción de la Biblioteca vista por los testigos directos, y, por otro, la recepción literaria que tuvo a continuación.

La destrucción de la Biblioteca en la Memoria de los testigos

Foto: Le Patriote Illustré



La destrucción de la Biblioteca en la memoria de los testigos

Entre los testimonios que nos hablan de esos días de sangre y fuego en Madrid, destacan, fundamentalmente, los de los propios combatientes de las Brigadas Internacionales que participaron directamente en la batalla y que, como toda literatura de Memorias, perteneciente al género del yo, combina, en un proceso de mestizaje, la ficción, la autobiografía y el documento. En estos relatos, la biblioteca como escenario y sus libros como símbolos de cultura se abren paso entre las bombas en lo que parece constituir, en palabras de Niall Binns, “una lectura simbólica de la defensa de la Ciudad Universitaria, y sobre todo de Filosofía y Letras, como una defensa de la cultura”, pues, como diría Upton Sinclair en su obra *No pasarán*, se trataba de la brigada más literaria en la historia de las guerras¹.

¹ Niall Binns, “Brigadistas en la Facultad, testimonios literarios”, en *La Facultad de Filosofía y Letras...*, pág. 601.

John Sommerfield

Cuando llegamos a la Ciudad Universitaria, conseguimos entrar en el edificio de Filosofía... Construimos barricadas con volúmenes de metafísica hindú y filosofía alemana de principios del siglo XIX; eran totalmente a prueba de balas” ...



John Cornford



John Sommerfield (1908-1991) era un joven escritor británico que formó parte del batallón Comuna de París de la XI Brigada que, fue uno de los que tomó posiciones en la Facultad de Filosofía y Letras. En 1937 publicó su libro *Volunteer in Spain*, quizás el primer relato escrito por un brigadista, en el que recordaba sus experiencias en aquellos días:

“Cuando llegamos a la Ciudad Universitaria, conseguimos entrar en el edificio de Filosofía. Construimos barricadas con volúmenes de metafísica hindú y filosofía alemana de principios del siglo XIX; eran “totalmente a prueba de balas”... Exploramos la biblioteca; en la gran sala de lectura, armas anti-tanque descansaban sobre las mesas; los libros valiosos y los manuscritos habían sido llevados fuera pero había muchos otros libros llenos de interés para nosotros; descubrimos una colección de clásicos *Everyman* y los llevamos a nuestra habitación.... Leí toda la tarde y había llegado al último capítulo de *Los poetas de los lagos* cuando estalló un obús en la biblioteca, llenándola de humo y

polvo... las figuras se movían confusamente y la cabeza de John (Cornford) estaba sangrando ...”²

Este John Cornford era otro joven poeta británico, estudiante en Cambridge, que luchó en España con las Brigadas Internacionales, combatiendo en Filosofía y Letras, junto al grupo que se ha denominado los “jóvenes poetas”. Poco después en diciembre de 1936 murió en combate en Lopera (Jaén), con 21 años.

“Y si la suerte acaba con mi vida
dentro de una fosa mal cavada,
acuérdate de toda nuestra dicha;
no olvides que yo te amaba.”

John Cornford (Traducción de José Agustín Goytisolo)

Un trasunto de John Somerfield aparece en la novela de Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*, y para quien tenga interés en Sommerfield, se acaba de publicar su obra en español.



² John Sommerfield, *Volunteer in Spain*, London, Lawrence & Wishart, 1937, p. 150

Bernard Knox era uno de los jóvenes reclutados por John Cornford que dejó su vida universitaria en Cambridge para alistarse en las Brigadas Internacionales. En sus memorias tituladas *Premature anti-fascist*, también dedica un recuerdo especial a cómo los libros de la Facultad de Filosofía y Letras le salvaron la vida:

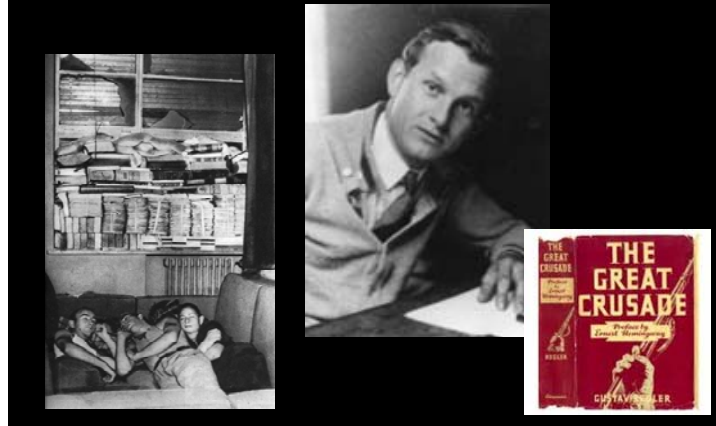
“Las barricadas estaban hechas con libros de la biblioteca; cogimos los más grandes y voluminosos que pudimos encontrar; entre ellos, recuerdo que había una enciclopedia de religión y mitología hindú. Más tarde descubrimos, después de escuchar los impactos de las balas en los libros, que el grado de penetración de las balas llegaba aproximadamente hasta la página 350; desde entonces me incliné a creer, como nunca lo había hecho antes, aquellas historias de soldados cuyas vidas habían sido salvadas por una *Biblia* que llevaban en el bolsillo de su chaqueta”.

Tras la guerra de España y la segunda guerra mundial, Bernard Knox abandonó la lucha política y dedicó su vida a la docencia e investigación llegando a ser catedrático de lenguas clásicas en la Universidad de Yale y una de las figuras más relevantes de los estudios helenísticos³. En los clásicos encontró Bernard Knox un espejo del mundo que le había tocado vivir. Aunque nunca olvidó que él era uno de aquellos que fueron a España y dejaron allí sus corazones.

Con John Cornford y Bernard Knox estuvieron esos días en la Ciudad Univeritaria, y dejaron escritas algunas de sus experiencias los brigadistas Sam Lesser, Luigi Longo, o Gustav Regler,

³ Bernard Knox, "Premature Anti-Fascist." Abraham Lincoln Brigade Archives - Bill Susman Lecture Series. King Juan Carlos I of Spain Center - New York University, 1998. http://www.albav.org/lectures/1998_knox_bernard.html [6-03-09].

Gustav Regler



El escritor Gustav Regler, que llegó a ser comisario político de la Brigada XII (y luego, en su exilio mexicano un ferviente antiestalinista), narró su experiencia en la guerra civil española en la novela, *The Great Crusade*, con prefacio de Hemingway y todavía no publicada en español. En esta novela se representa la atmósfera de las Brigadas Internacionales con sus riñas y rivalidades, la extraordinaria fraternidad humana que impulsaba a la mayoría de los combatientes. Aunque también se ve con profundidad el camino que va de la euforia al desengaño, subrayaba el papel de la B.I.

El primer capítulo de la novela, que transcurre en uno de los edificios de la Ciudad Universitaria, se titula *Death in the lecture hall*, y dice:

“Uno de los generales siguió con el dedo toda la línea de la Ciudad Universitaria... Allí, esa misma noche, había ardido la pequeña batalla. Allí, el dique había resistido, el dique de la B.I.... ¡Resisten!. ¡La ciudad resiste!. Se ha levantado el dique de las Brigadas Internacionales y el dique se mantiene firme...¡⁴.

⁴ Gustav Regler, *The Great Crusade*, New York, 1940. (Tomado de Niall Binns)

Jan Kurzke, Kate Mangan, Kart Anger,
Alejo Carpentier, etc...

(Foto: Robert Capa, Magnum Photos)

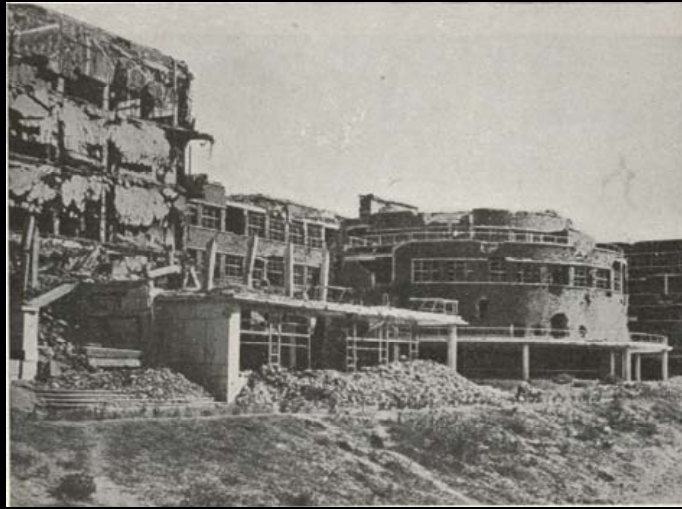


Otros nombres a recordar son Willi Bredel, Jan Kurzke y su amante, la inglesa Kate Mangan, Kart Anger, o Alejo Carpentier que, décadas después, recordaba aquellos días en Madrid poniendo en boca de un brigadista cubano, en *La Consagración de la Primavera*, el siguiente relato:

“...Si. Había estado en la defensa de Madrid. En los peores tiempos. Los de la Ciudad Universitaria. Cuando el Comuna de París ocupó Filosofía y Letras, y se hicieron parapetos con libros: de Kant, Goethe, Cervantes, Bergson... y hasta Spengler. Pero mejor cuando eran autores de muchos tomos, porque a Pascal, a San Juan de la Cruz, a Epicteto, los hubiesen traspasado con una sola bala de fuerte calibre. Lo que allí servía eran los setenta y cuatro tomos de Voltaire, los setenta de Victor Hugo, las obras completas de Shakespeare, la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, empastados y en papel de mucho cuerpo... - “Ahí supe, de bruces entre bibliotecas transformadas en parapetos, que las letras y la filosofía podían tener una utilidad ajena a la de su propio contenido... Ahí, metiendo el cañón de mi fusil entre tomos de Galdós...”⁵

⁵ Alejo Carpentier, *La Consagración de la primavera*.

Destrucción de la Facultad de Filosofía y Letras



A finales de noviembre de 1936 los atacantes de Madrid ya habían tomado la decisión de postergar la toma de la capital y seguir la ofensiva en otros frentes. La guerra perdió dureza en Madrid aunque nunca terminó la lucha en la Ciudad Universitaria que siguió siendo hasta el último momento zona de combate abierto.

Mientras se sucedía la guerra la situación de la Biblioteca era dramática: el edificio estaba destrozado, los libros estaban dispersos en distintos lugares, sin seguridad, desparramados al raso. Cuando se comenzaron las labores de desescombro y recogida el panorama era desolador: miles de libros destruidos o desaparecidos, vendidos al peso para pasta de papel, utilizados para envolver pescado en pescaderías, mutilados, con hojas rasgadas por trozos de metralla, deformados por el peso de los escombros, con huellas de numerosos impactos de bala, manuscritos borrados y comidos por la humedad o semipodridos. *(Se podría estimar que se perdió, como mínimo, un tercio de la biblioteca, es decir, unos 50.000 libros aunque hay estimaciones que hacen llegar esta cifra a 80.000.)*

La destrucción de la Biblioteca



La destrucción de la Biblioteca como materia literaria

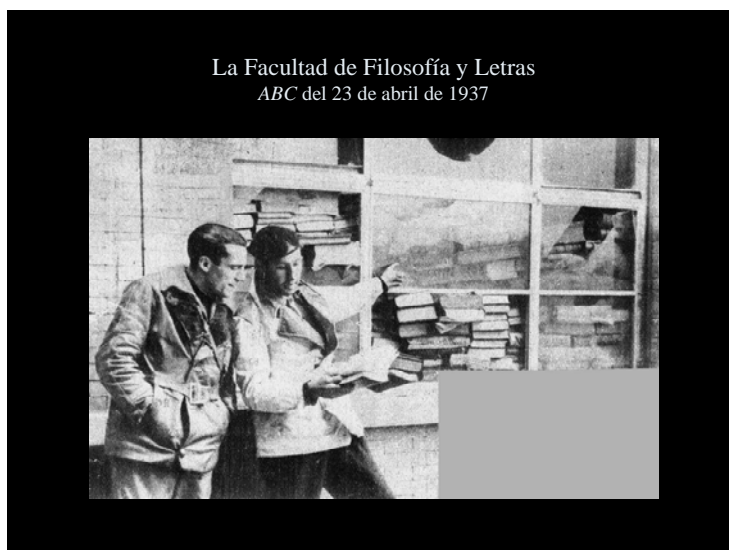
La destrucción de la Biblioteca de Filosofía y Letras se transformó, pronto, en materia literaria y, aunque no muy numerosos, si que hay algún ejemplo de cómo los libros, nacidos para permanecer en el tiempo, se convirtieron en víctimas y salvadores, alzándose como símbolos de destrucción y heroísmo.

Uno de los primeros testimonios del bando de los vencedores, apareció en 1939 en Cádiz, en la *Antología poética del alzamiento*, que incluyó un poema de Alfredo Marqueríe titulado “Elegía a las ruinas de la ciudad universitaria” en el que se hacía mención a los libros de la biblioteca:

“...Abre la dinamita ciegas hoyas
sepulta libros y matraces,
mientras ven trepanados
sus cráneos de cristal las claraboyas...”

Como explica César de Vicente Hernando, “el poema de Marqueríe invierte en este punto la realidad de la lucha en la Ciudad Universitaria al hacer del Ejército Republicano el bando atacante, que produce la destrucción. Al mismo tiempo extiende

simbólicamente los términos de la guerra haciendo ver cómo los defensores de Madrid son (producto de la inversión ideológica) los destructores de la cultura”⁶.



El primer libro sobre la guerra civil de gran éxito que se publicó en la España franquista fue, en 1953, *Los cipreses creen en Dios*, de José María Gironella. En esta obra y en los tomos que siguieron, *Un millón de muertos* (1961) y *Ha estallado la paz* (1966), su autor, antiguo combatiente, acertó, en palabras de José-Carlos Mainer, “al escribir un libro que significaba un primer intento de entender lo ocurrido, más allá de las retóricas políticas vencedoras... Gironella desplazó el signo de la guerra desde el totalitarismo político a la emoción religiosa y, aunque no parezca mucho avance, lo fue en el orden de clarificación íntima de los motivos”⁷. En el relato de la Batalla de Madrid, situado en *Un millón de muertos*, no podía faltar la lucha en la Ciudad Universitaria y allí, haciendo protagonista a Durruti de una anécdota con toda probabilidad falsa, aparecen literariamente los libros de la biblioteca universitaria:

“La entrada de Durruti en Madrid colmó el entusiasmo de los defensores. Por un momento, los internacionales parecieron achicarse ante aquel gorila humano, cuyo nombre, Buenaventura, presagiaba lo

⁶ *Poesía de la guerra civil española, 1936-1939*, edición a cargo de César de Vicente Hernando, Madrid, Akal, 2007, pág. 162.

⁷ José Carlos Mainer, “La catástrofe cultural de la guerra y la posguerra”, en *Economía y economistas españoles en la guerra civil*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Galaxia Gutenberg, Círculo de lectores, 2009, pág. 712.

mejor. Durruti preguntó: “¿Dónde hay más peligro?”. El general Miaja le contestó: “En la Ciudad Universitaria”. Durruti comentó: “Eso me gusta”. Curioso que a Durruti le gustara luchar en la Ciudad Universitaria. ¿Se reirían de él los libros de texto?. ¿Moriría aplastado por el tomo de una enciclopedia?. “¡A la Ciudad Universitaria!”⁸

El periodista Enrique Barco Teruel da su visión literaria de los hechos acaecidos en Madrid en su novela *Valle del Jarama*, publicada en 1969, en la que recrea las vicisitudes de un brigadista francés y su trayectoria bélica en la guerra civil española. En el episodio de la toma de la Facultad de Filosofía y Letras, para cuya redacción es evidente que el autor ha utilizado algunas de las fuentes originales, aparece también la biblioteca:

“Bajo este fuego infernal, dirijo a mis hombres sobre el pabellón de la Facultad de Filosofía y Letras, desde el que nos reciben con disparos desde todas las ventanas...

Tras la calentura de los primeros momentos del asalto (hubiera dicho que los violentos latidos iban a reventar sienes y corazón), tengo ahora extrañamente clara la cabeza aunque prosiga la vorágine feroz. Inmediatamente de posesionarnos del inmueble, ordeno izar la bandera de la compañía en la terraza, para que la artillería y la infantería propia sepan que estamos aquí. Y, en previsión de un contraataque, dispongo que a falta de sacos terreros, todos los huecos de las fachadas sean reforzados con pupitres, sillas, armarios... Todo lo que hay a mano, incluso los libros de la biblioteca. Mentiría si dijera que yo, universitario y lector contumaz, me siento en estos momentos preocupado ni lo más mínimo ante la idea de que los textos de Kant y de Platón sean martirizados por las balas. Hay que separar, a culatazos y a patadas, los cadáveres y los restos destrozados, para poner esto en un mínimo estado de defensa...

⁸ José María Gironella, *Un millón de muertos*, Barcelona, Planeta, 1961, pág. 337.

Un obús entra por una ventana, atravesando la improvisada barricada, derribando libros y astillas a su paso, y se incrusta en el piso del aula. Unos se abalanzan hacia las paredes, otros se agachan como espigas trinchadas. Yo me limito a cerrar los ojos”⁹



En el siglo XXI se recupera, nuevamente, en algunas novelas, la memoria de la destrucción de la Ciudad Universitaria, al calor del elevado número de obras que tienen como tema la guerra civil y la difusión que han tenido algunos acontecimientos como las diferentes exposiciones sobre la Ciudad Universitaria, la Facultad de Filosofía y Letras o Bibliotecas en guerra.

Así, en la obra de Eva Díaz Pérez, *El Club de la Memoria*, finalista del Premio Nadal 2008, novelando los hechos históricos ocurridos en Madrid durante la guerra civil, pone en boca de uno de sus protagonistas las siguientes palabras¹⁰:

“Y esta ciudad por la que luchamos ¿es hermosa?

⁹ Enrique Barco Teruel, *Valle del Jarama*, Barcelona, Ediciones Marte, 1969, págs. 88-90.

¹⁰ La propia autora, en el capítulo de Notas, agradecimientos y dedicatorias dice lo siguiente: Dos publicaciones fueron esenciales como material de construcción de la novela, sobre todo, en su aspecto de imaginario iconográfico: los catálogos *Biblioteca en guerra* (edición de Blanca Calvo y Ramón Salaberría, Biblioteca Nacional, 2005) y *Las Misiones Pedagógicas* (edición de Eugenio Otero Urtaza, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Residencia de Estudiantes, 2006). Eva Díaz Pérez, *El club de la memoria*, Madrid, Destino, 2008, pág. 300.

Fue su pregunta. Después cayó muerto al suelo con una bala en la frente.

Puedo recordar perfectamente el color entre verde y ambarino de los ojos de aquel soldado de las Brigadas Internacionales. Era inglés y quería ser poeta. Lástima. Nunca llegó a conocer lo hermosa que era la ciudad por la que murió. Jamás vio la Puerta del Sol un domingo, ni el brillo de la Cibeles, ni el olor del Retiro por la mañana.

Aquel soldado luchó conmigo en la Ciudad Universitaria, detrás de barricadas formadas por libros preciosos, quizás incunables, obras rarísimas que sirvieron como parapeto para una guerra absurda. Cuando había una tregua entre la pólvora y la muerte, el poeta sacaba algún libro de la improvisada y valiosa barricada. Al azar, recuerdo obras de Quincey, Montaigne – si hubiera visto aquella biblioteca destripada - , Galdós – su libro Trafalgar parecía redivivo en aquel infierno de nuevas guerras - , Victor Hugo o los parecidos tomos de Voltaire, que por voluminosos salvaron más de una vida. La mía, por ejemplo. Durante algún tiempo llevé en mi guerrera uno de esos tomos de Voltaire con la bala que atravesó sus páginas y que quedó frenada en la página 315. Memorice aquella página y siempre que he sentido miedo he recitado el párrafo que me salvó como si fuera la oración más sagrada. Pero perdí el libro cuando tuve que atravesar la frontera francesa camino del exilio. ¿Dónde estará ahora mi libro salvador? Muchas veces he pensado en los caprichosos azares. ¿Porqué escogí este libro que me protegió el corazón?.

Pero estaba con mi poeta inglés. No recuerdo su nombre. Sólo la pregunta, sus ojos y que muchas veces cogía algún libro de la barricada y se ponía a leer. No sabía español pero a él le daba igual. Leía y leía. Supongo que para algunos leer es como rezar. Así lo he creído siempre.

Mi vida se llenó de muertos. Muertos que se anunciaban en aquella facultad de filosofía y letras desde la que luchábamos. Entre aquellos viejos libros salvadores se aparecieron muchos fantasmas. Muertos recientes que se levantaban de las trincheras y algunos espectros antiguos. Recuerdo que una vez vi a Galdós, que fue quien me desveló el triste destino de los episodios nacionales que aún estaban por escribir....”

María Dueñas, en la novela *Misión olvido*, publicada hace un par de meses (2012), vuelve a recrear la destrucción de la Ciudad Universitaria:

“...Al principio de la contienda ya estaban casi todas las facultades y centros de la nueva Universitaria en fase muy avanzada, cuando no concluidos y en pleno funcionamiento. Poco habría de durar, sin embargo, el olor a pintura fresca, el brillo de los cristales y los pupitres de madera recién barnizados. La guerra cruenta reduciría a escombros una universidad que avanzaba airosa camino de la excelencia. Machacaría gran parte de su patrimonio científico, artístico y bibliográfico, y empujaría al abismo del exilio a numerosos miembros de su profesorado. Al caer Madrid, aquel ambicioso sueño monárquico de un campus de esplendor americano había quedado brutalmente arrasado y sus edificios reducidos a tremebundos esqueletos. De los cuarenta mil árboles que se plantaron, apenas quedaban las raíces. El lugar de las aulas lo ocuparon las trincheras; el de los laboratorios, los parapetos. Con las enciclopedias y diccionarios se hicieron barricadas, y los sacos terreros, los fusiles y los cadáveres se desperdigaron siniestros los hemiciclos y las bibliotecas...” (pág. 66).



La última obra literaria en la que se puede rastrear el eco de la destrucción de la biblioteca de la Universidad de Madrid es *La noche de los tiempos*, de Antonio Muñoz Molina, publicada en 2010. El protagonista de la novela, Ignacio Abel, es el arquitecto

de la Ciudad Universitaria y en sus palabras se recogen “los libros únicos quemados en las hogueras” o “las bibliotecas y laboratorios arrasadas”.

“...Pero quien iba a resucitar a los muertos o a devolver los brazos o las piernas a los mutilados, a pintar los cuadros o imprimir los libros únicos quemados en las hogueras, a mitigar el luto o el odio, a reconstruir las bibliotecas y las iglesias y los laboratorios que costó tanto levantar y que fueron arrasadas en el curso de una tarde, de una sola noche...”¹¹.

Ignacio Abel, despojado de su ceguera, en una lluviosa noche de octubre de 1936 va desvelando a su amante perdida las razones de su huida. Iluso, había vivido el sueño insensato de querer ver el progreso instalado en su paisaje más íntimo, su ciudad, su país. Escéptico, había despreciado los peligrosos desvaríos de quienes le rodeaban. Transitando entre la inconsciencia y la cobardía, había integrado en su rutina de normalidad la apasionada aventura con su amante y la cotidianeidad de su vida familiar.

Pero todo había estallado a la vez y él no lo supo ver. Su pragmatismo, su solidez, esa armonía geométrica que aplicaba a su vida y a su trabajo como arquitecto de la Ciudad Universitaria, se habían desmoronado y eran sólo ruinas, como la Facultad y la Biblioteca que con tanta pasión había diseñado y levantado. Y había huido. Despojado de todo, de su familia, de su amante, de su ciudad. Pero, también, del peso de la responsabilidad, de la ambición, de la vanidad.

La justificación para su huida se la dio otra Biblioteca. No la que habían soñado que un día sería el corazón de la Ciudad Universitaria de Madrid. Esa nunca se construiría y pasados setenta años todavía el espacio seguiría vacío.

Ignacio Abel había aprendido, con el dolor brutal que da el miedo y el abandono, que no se puede construir el paraíso sobre la tierra. Pero seguía necesitando "hacer bien algo que tenga utilidad y sea duradero y sólido". Y por eso, aceptó construir una nueva Biblioteca.

"Es un claro en un bosque de arces y robles, una elevación más allá del lado oeste del campus, con una vista del río Hudson. El edificio se verá desde los trenes que pasen junto a la orilla, desde los barcos que suben y bajan por el río.

¹¹ Antonio Muñoz Molina, *La noche de los tiempos*, Barcelona, Seix Barral, 2010, pág. 932.

Incluso desde el otro lado, desde los acantilados de New Jersey. Será el más visible del collage. Lo imagino por encima de las copas de los árboles, más escondido cuando estén llenos de hojas, al final de un sendero que se apartará del rectángulo central, un camino de retiro y elevación hacia los libros, sus luces encendidas hasta la medianoche. Habrá libros, pero también discos de cualquier música, de cualquier parte del mundo... Imagino cabinas insonorizadas para escuchar los discos, salas de proyección en las que cualquiera pueda ver las películas... Habrá salas de lectura con grandes ventanales desde los que se dominen el bosque y el río, los otros edificios del campus. No una de esas bibliotecas lúgubres que hay en Inglaterra, y que se imitan absurdamente en América, con olor a moho y a cuero podrido, con estanterías y ficheros de madera oscura, como ataúdes o monumentos funerarios, con lámparas bajas de pantalla verde que les den color de muerto a las caras. Veo una biblioteca luminosa, como esos edificios y talleres que construyeron los maestros de usted en Alemania, como esa escuela que hizo usted en Madrid. Una biblioteca práctica, como un buen gimnasio, un gimnasio para la inteligencia. Una torre vigía y un refugio también..." (Phil Van Doren, *La noche de los tiempos*, Antonio Muñoz Molina, págs. 148-149).

A Ignacio Abel sólo le queda ese refugio, y allí le dejamos. Tampoco nosotros podemos imaginar "su porvenir ignorado y perdido en la gran noche de los tiempos". Siempre nos quedará el solar inmenso y vacío de un sueño no construido.

Más información:

TORRES SANTO DOMINGO, Marta, La Biblioteca de la Universidad de Madrid durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1939), Madrid, UCM, 2011, (Tesis UCM) Premio extraordinario, ISBN: 978-84-695-1012-4.

<http://eprints.ucm.es/14119/1/BHTD6.pdf>